

Moenia 23 (2017): 735-739.
ISSN: 2340-003X.

Abby KAPLAN: *Women talk more than men... and other myths about language explained*. Cambridge: Cambridge University Press, 2016, 293 pp.

A pesar de que el libro se anuncia como un texto sobre el lenguaje de las mujeres, no es así en exclusiva, ya que este solo es uno de los diez tópicos que la autora trata sobre el lenguaje. El libro de Kaplan se constituye así como un manual adecuado para estudiantes de primero de lingüística sobre los mitos o tópicos más extendidos acerca del lenguaje, conformando cada uno de ellos un capítulo. Aunque el libro está escrito en inglés y se dirige a la comunidad anglohablante, los tópicos que recoge están presentes en las sociedades occidentales, da igual la lengua que hablemos o los receptores a los que se dirija, ya que compartimos las mismas falsas creencias sobre el lenguaje. Por ello, es un libro adecuado también para la comunidad hispanohablante.

El libro se articula dividido en tres grandes secciones: sobre la naturaleza del lenguaje en sí, sobre el aprendizaje del lenguaje y sobre el uso del lenguaje. En la primera parte se aborda la cuestión del estatus inferior de los dialectos (*A dialect is a collection of mistakes*), la concepción estigmatizada de las lenguas signadas como mera mímica dependiente de las lenguas orales (*Sign language is skilled charades*) y el lenguaje de los animales, especialmente los primates (*Chimpanzees can talk to us*), con la idea de mostrar qué es exactamente el lenguaje humano. En la segunda parte, sobre el aprendizaje del lenguaje se trata el tema de la adquisición del lenguaje por los niños (*Children have to be taught language*) y de una segunda lengua por los adultos (*Adults can't learn a new language*), además de las creencias extendidas sobre el bilingüismo (*Being bilingual makes you smarter or dumber*). En la tercera parte, dedicada al uso del lenguaje, se abordan cuestiones sobre el distinto uso que mujeres y hombres hacen de él (*Women talk more than men*), sobre la revolución que supuso la aparición de los mensajes de texto (*Texting makes you illiterate*), sobre las atribuciones que hacemos de las lenguas como que la lengua más bonita es el francés (*The most beautiful language is French*) y finalmente el último capítulo recuerda a la famosa cita de Wittgenstein *Los límites de mi lenguaje son los límites de mi mundo* (*My language limits my thoughts*).

Todo ello comienza enmarcado con una introducción donde la autora explica que uno de sus objetivos no es únicamente desbancar los mitos que existen sobre el lenguaje, sino enseñar cuál es la tarea de los lingüistas, cómo los análisis lingüísticos se deben realizar sobre una metodología rigurosa y sistemática para en última instancia dotar al lector de los argumentos suficientes para que se haga una idea objetiva y real de qué es el lenguaje y desarraigar por tanto estas falsas creencias existentes.

Cada capítulo se estructura con una visión general del tema, donde se describen las creencias populares asociadas con ese tópico, para compararlas con los estudios reales, aportando datos cuantitativos que han publicado los lingüistas. Cada capítulo se amplía con un caso de estudio en forma de dar respuesta a una pregunta (por ejemplo, *¿las mujeres hablan de verdad más que los hombres?*) que es analizado en profundidad. Finalmente, cada capítulo termina con una propuesta de temas y materiales o preguntas y ejercicios de investigación para seguir reflexionando sobre cada cuestión, con lecturas adicionales, incluyendo algunas generales de forma que el libro también pueda ser leído por un público menos especializado.

El primer capítulo toma como ejemplo la variedad afroamericana del inglés como un dialecto no estándar para demostrar que todos los dialectos, estándares o no, están formados por reglas gramaticales regulares en su mayoría y que todos presentan irregularidades de alguna u otra forma. El problema es que los hablantes sienten que solo los dialectos no estándares son irregulares o peor aún, equivocados. Completa el capítulo con trabajos sobre cómo instrucción específica en el propio dialecto ayuda a los hablantes a aprender el estándar, como ha ocurrido con el caso del piteå en Suecia o el del chipriota, como variedad no estándar del griego, en Chipre.

En el capítulo segundo presenta las lenguas de signos como otra manifestación del lenguaje en la que solo se diferencian de las lenguas orales en la forma de vehicular nuestra capacidad de comunicarnos: visual-gestual. Las lenguas de signos son lenguas completas exactamente iguales que las orales. Para apoyar sus argumentos utiliza ejemplos de la variedad ASL (*American Sign Language*) y trata de desmitificar las dos ideas extendidas sobre ellas: las lenguas signadas son una forma de mover las manos que representan las lenguas orales y las lenguas signadas se entienden entre sí o solo hay un único lenguaje de signos; falsas creencias arraigadas entre los hablantes de modo que, curiosamente, el hecho de creer (erróneamente) ambas invalida la veracidad de una de ellas. Hace un repaso, además, sobre el *oralismo*, la tendencia tradicional de enseñar a leer los labios a las personas sordas. Se extiende en la iconicidad de las lenguas de signos y la compara con las onomatopéyas de las lenguas orales, pues es la única característica que aleja a ambas de la arbitrariedad del signo. Finalmente, aporta los argumentos que la comunidad científica utiliza actualmente para considerarlas como una manifestación más del lenguaje: se adquieren en el mismo tiempo de desarrollo y los niños pasan por las mismas fases y por los mismos errores durante su adquisición, y se localizan en la misma sección del cerebro, como prueban los estudios de imagen cerebral y los trastornos, como afasias, en personas sordas.

En el siguiente capítulo hace un repaso sobre los intentos de enseñar a comunicarse a los animales, especialmente a los chimpancés, desde sus comienzos en los años 60 cuando se les enseñaba lenguajes artificiales más simplificados. Tras el fracaso, se comenzó a enseñar lengua de signos a los primates repasando los casos más famosos: Washoe, Koko y Nim Chimpsky. Los estudios más modernos tratan de averiguar si los chimpancés entienden el lenguaje socialmente y no solo como un medio para conseguir beneficios personales. Se ha conseguido que puedan usar símbolos y hacer pequeñas combinaciones sintácticas, pero los chimpancés no se comunican como humanos y ni tan siquiera su lenguaje es como el de un niño pequeño, creencia que solía existir en décadas pasadas. Lo único que han llevado a concluir estas investigaciones es que los chimpancés pueden comunicarse con los humanos,

pero nunca pueden usar lenguaje humano. En este capítulo, sin embargo, no explica cómo es el lenguaje de los animales o el de los chimpancés, sino que se limita a explicar que no usan nuestra lengua. La última reflexión del capítulo resalta el hecho de que intentemos que los animales aprendan nuestro lenguaje es un ejemplo más de nuestra concepción antropocéntrica.

En el capítulo cinco se centra en el desarrollo del lenguaje en los niños y reflexiona sobre la eterna pregunta que todavía nos seguimos haciendo los lingüistas: ¿el lenguaje se adquiere o es innato? Repasa la importancia del *martenés*, el lenguaje específico con el que nos dirigimos a los niños pequeños, pero recuerda que hay sociedades, como la samoana en el Océano Pacífico, en las que no se da esta comunicación estrecha entre niños y adultos. Sin embargo, los niños están predestinados para desarrollar el lenguaje mientras estén socializados, da igual qué lengua o qué sociedad, pasan por las mismas fases y los mismos errores. Quizás profundiza menos en este capítulo que en otros.

En el capítulo sexto, repasa la *hipótesis del periodo crítico*, que ha sido varias veces reformulada entre los distintos estudios. Actualmente todos los lingüistas están de acuerdo en que a medida que crecemos vamos perdiendo la capacidad de adquirir una lengua con la competencia de nuestra lengua materna. Sin embargo, parece que no existe un cierre abrupto en esta capacidad, sino que simplemente esta capacidad se va perdiendo paulatinamente a medida que crecemos. Aporta ejemplos sobre la adquisición del chino y del coreano para evaluar si los niños tienen ventajas sobre los adultos en el aprendizaje de una L2. Además de esta característica propia del crecimiento, los adultos muestran dificultad en adquirir segundas lenguas, especialmente la pronunciación, porque entran en juego otros factores como la motivación que hace que nos cueste aprender lenguas.

Y en el capítulo siete, último de esta segunda parte, trata el tema del bilingüismo: qué es ser bilingüe y los tipos de bilingüismo que existen, que suponen más bien un continuum de distintas competencias en lenguas. Asimismo, repasa el bilingüismo en las sociedades que poseen más de una lengua, lo cual le lleva a mencionar la diglosia, situación en la que usan distintas lenguas dependiendo de la situación comunicativa. Finalmente, hace un repaso de los distintos estudios en el tiempo sobre si ser bilingüe suponía una ventaja cognitiva, y muestra como hasta los años 50-60 se creía que ser bilingüe era perjudicial. Más recientemente, la creencia extendida es la contraria: ser bilingüe aporta ventajas metalingüísticas, por ejemplo. No obstante, no incluye los últimos estudios que actualmente están cuestionando la superioridad cognitiva de los bilingües.

En el capítulo ocho, sobre el uso del lenguaje que hacen las mujeres, repasa los tópicos ampliamente conocidos sobre el habla femenina: las mujeres hablan más que los hombres, los hombres son más directos y las mujeres más educadas, las mujeres hablan más correctamente que los hombres y los hombres muestran actos de habla más certeros que las mujeres. Comienza el capítulo con un repaso sobre las obras famosas del habla de las mujeres como el conocido capítulo de Jespersen dedicado a *la mujer* y el libro *Los hombres son de Marte y las mujeres de Venus*. A lo largo del texto, va desmontando todos los mitos al aportar argumentos basados en estudios cuantitativos, con datos objetivos, que lo demuestran. Sobre todo, se centra en si las mujeres hablan más que los hombres y sobre el uso de las preguntas

de confirmación, y de ambos mitos no descubre evidencia científica alguna. Este capítulo es el que da título al libro, y más allá de una mera cuestión de marketing, que puede ser el origen del título elegido, probablemente sea el capítulo que se ha tratado más en profundidad.

En el capítulo nueve, sobre las nuevas formas de escritura asociadas a los mensajes de texto repasa las reacciones cada vez que ha aparecido una nueva tecnología de comunicación como los telegramas o los SMS. En estas nuevas formas de comunicación se utilizan abreviaturas, acrónimos y números que significan letras. La autora argumenta que no son usos específicos de estas nuevas formas y que en el propio inglés se encuentran este tipo de construcciones. Cita el conocido libro de Crystal (*Txtng: The Gr8 Db8*) y repasa algunos estudios que han analizado la influencia de los SMS en la forma de escribir de niños de secundaria, por los que se descubre que su escritura no resulta arruinada a pesar de que manden mensajes abreviados. Con el desarrollo del WhatsApp estos problemas han desaparecido; una pena que no se mencione nada al respecto en este capítulo.

En el capítulo diez, repasa la evaluación de los dialectos desde la perspectiva del hablante común: lo normal es que sintamos que el dialecto más bonito es el propio, o el estándar del propio en todo caso. Muestra algunos ejemplos de lo que hace que un lenguaje suene bonito o no, por ejemplo, las consonantes guturales o fricativas velares nos suenan mal y por eso se usan en los libros o películas de ciencia ficción para crear las lenguas de los villanos. Para apoyar la belleza o fealdad de las lenguas usa ejemplos de la variante griega de Atenas y del Wolof (lengua hablada en Senegal), y no descubre pruebas objetivas para que unas lenguas nos resulten más bonitas que otras. La idea final es que los factores que utilizamos para decidir si un lenguaje es agradable o desagradable no son lingüísticos, sino sociales, y resalta que esta idea está asociada, además, a las percepciones que tenemos sobre quiénes hablan esa lengua en cuestión.

En el último capítulo, repasa la famosa teoría de Sapir-Whorf (el lenguaje influye en la forma en la que pensamos) y la temida neolengua de George Orwell. Para ello, analiza la relación entre nuestra percepción y pensamiento con el lenguaje a partir de los estudios sobre los nombres de colores y sobre la expresión del tiempo. De nuevo, los estudios con datos objetivos no aportan argumentos para sustentar la idea de que el lenguaje condiciona nuestro pensamiento. En todo caso, lo difícil es saber si el lenguaje afecta a lo que pensamos o lo que pensamos afecta al lenguaje que usamos.

No todos los capítulos son tratados con igual profundidad; la autora tiene mayor conocimiento de unos temas que de otros, como es natural dada la amplitud de la temática analizada, pero aún con todo, aporta datos suficientes para que nos formemos nuestra propia opinión de los temas y, sobre todo, tanto un lector no especializado como un estudiante de primero elimine los prejuicios extendidos socialmente acerca de las lenguas y el lenguaje en general.

Termina el libro con un apéndice sobre estadística (*Statistics brief reference*) donde presenta de manera muy breve y muy sencilla nociones básicas de estadística necesarias en cualquier trabajo lingüístico. Define y explica qué es la media, la desviación típica y la correlación entre variables (r). Asimismo hace un repaso a los gráficos más usados en nuestro

campo: gráficos de barras, barras de error, gráficos de líneas, histogramas y gráficos de dispersión. Además de la estadística descriptiva, explica qué es el valor p y el nivel de significación, el tamaño de la muestra y la diferencia entre correlación y causa. Y finalmente llama la atención sobre que la estadística solo sirve como herramienta lingüística si el experimento está bien diseñado, por lo que añade consejos sobre elegir los sujetos, el diseño de la tarea y el análisis de los datos correctamente.

El libro no solo es altamente recomendable por la temática tratada y por la claridad de las explicaciones, sino por los distintos índices que presenta (lenguas, autores y conceptos); además de la tabla de contenidos al principio del libro, índice de tablas y figuras. Todo ello hace que el libro se pueda leer de manera independiente de forma que se pueda elegir el orden de los capítulos o buscar solo las cuestiones que nos interesan sobre alguno de los tópicos concretos. En definitiva, el libro es una excelente muestra de lo que la lingüística debe ser: una ciencia empírica que requiere análisis sistemáticos, rigurosos y objetivos. Y nos trasmite una idea clara: el hecho de saber hablar no convierte a los hablantes en expertos en lengua.

Nuria POLO
Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED)